



**ESPECIAL** *JOVENES*



## EL DIRECTOR DEL PROYECTO GENOMA HACE SU ELECCIÓN Francis S. Collins

Parroquia Ntra. Sra. Reina del Cielo – Nº 20, 17 de febrero de 2013

En el capítulo inicial de este libro, *(¿Cómo habla Dios?)*, describí mi camino del ateísmo a la fe. Ahora les debo una explicación más profunda de mi camino posterior.

Cuando era realmente honesto conmigo, el orgullo, la apatía y los enfados e iras estaban ganando mis batallas internas con regularidad. Nunca había pensado realmente en aplicar el término **«pecador»** a mí mismo, pero ahora era dolorosamente obvio que esta antigua palabra, una que antes había rehuído por parecerme tosca y sentenciosa, me quedaba muy bien.

Durante mis años de infancia, sentado en el coro de una iglesia cristiana, en realidad no tenía idea de quién era Cristo. Pensaba en Él como un mito, un cuento de hadas, un superhéroe de las cosas. Pero cuando leí el relato de su vida real por primera vez **en los cuatro Evangelios**, la naturaleza testimonial de las narraciones y la grandeza de las afirmaciones de Cristo y sus consecuencias empezaron a penetrar en mí gradualmente. Éste era un hombre **que no sólo pretendía conocer a Dios, sino ser Dios**. Ninguna otra figura que pudiera encontrar en ninguna otra fe hacía una afirmación tan extraordinaria. También afirmaba poder perdonar los pecados, lo que parecía a la vez emocionante y totalmente sorprendente. Era humilde y amoroso, pronunciaba palabras de admirable sabiduría, y sin embargo fue muerto en la cruz por quienes lo temían. Él fue un hombre, así que conoció la condición, pero había prometido aliviar esa carga: **«Acudid a mí, los que andáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré»** (Mt 11, 28).

La otra cosa escandalosa que los testigos del Nuevo Testamento decían sobre él y que los cristianos parecían tomar como el principio central de su fe era que **Él se había levantado de entre los muertos**. Para una mente científica, esto era cosa seria. Pero, por otro lado, si Cristo era realmente el Hijo de Dios, como específicamente afirmaba, seguramente que él podría suspender las leyes de la naturaleza si lo necesitaba para alcanzar algún propósito más importante. Pero su resurrección tenía que ser más que una demostración de poderes especiales. ¿Cuál era su verdadero sentido? Después de mucho buscar, todo apuntaba a la idea de un puente entre nosotros pecadores y un Dios santo. La crucifixión y la resurrección surgían como una solución convincente a la brecha que se abría entre Dios y yo, brecha sobre la que ahora se podía tender un puente en la persona de Jesucristo. Así que me convencí de que la llegada de Dios a la tierra en la forma de Jesucristo podría servir un propósito divino. ¿Pero cuadraría con la historia? El científico en mí se negaba a continuar adelante por este camino hacia la creencia cristiana, sin importar cuán atractiva fuera, si las escrituras bíblicas sobre Cristo resultaban ser

un mito o, aún peor, un engaño. Pero mientras más leía los relatos bíblicos y no bíblicos sobre los acontecimientos que sucedieron en la Palestina del primer siglo, más me sorprendía la evidencia histórica de la existencia de Jesucristo. En primer lugar, los Evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan fueron escritos apenas unas décadas después de la muerte de Cristo. Su estilo y contenido sugieren que tenían la intención de ser relatos de testigos (Mateo y Juan estuvieron entre los doce apóstoles). La preocupación por el hecho de que se hubieran deslizado errores por las sucesivas copias y las malas traducciones ha casi sido abandonada por el descubrimiento de manuscritos muy tempranos. Así, la evidencia de la autenticidad de los cuatro Evangelios resulta ser muy fuerte. Más aún, historiadores no cristianos del primer siglo, tales como Josefo, dan testimonio de un profeta judío que fue crucificado por Poncio Pilatos alrededor del 33 d. C. Muchos más ejemplos de evidencia de la naturaleza histórica de la existencia de Cristo se han reunido en muchos libros excelentes, a los que referimos al lector interesado.<sup>2</sup> De hecho, un estudioso ha escrito: **«La historicidad de Cristo es tan axiomática para un historiador imparcial como la historicidad de Julio César»** (F.F. Bruce, *The New Testament Documents, Are They Reliable?* - Grand Rapids: Eerdmans, 2003).



La evidencia exige un veredicto. La creciente evidencia de esta persona única, que parecía representar a Dios en busca del hombre (*mientras que en la mayoría de las otras religiones parecía ser el hombre quien estuviera en busca de Dios*), era algo cautivador. Pero vacilaba, temeroso de las consecuencias y afligido por mis dudas. ¿Quizá Cristo era sólo un magnífico maestro espiritual?

**C.S. Lewis** (apologista cristiano, crítico literario, académico y ensayista británico, muy conocido en el mundo anglosajón) parecía haber escrito un párrafo en particular exclusivamente para mí: «Trato de evitar que alguien diga esa tontería que la gente dice a menudo sobre Él: “Estoy listo para aceptar a Jesús como un gran maestro moral, pero no acepto que pretenda ser Dios”. Esto es algo que no debemos decir. Un hombre que fuera sólo un hombre y dijera la clase de cosas que Jesús dijo no sería un gran maestro moral; sería o un lunático, o era, y es el Hijo de Dios. Debemos hacer la elección, aunque las evidencias de que disponemos hacen inaceptable la primera hipótesis. Pero no salgamos con ninguna tontería condescendiente sobre que sea un gran maestro humano. No nos ha dejado abierta esa posibilidad. No era su intención.»

Lewis tenía razón. **Yo tenía que hacer mi elección**. Había pasado un año completo desde que decidí creer en alguna clase de Dios, y ahora debía rendir cuentas. En un bello día de otoño, mientras hacía senderismo por las montañas Cascade en mi primer viaje al oeste del Mississippi, la majestuosidad y belleza de la creación de Dios doblegó mi resistencia. Al dar una vuelta y ver una bella e inesperada cascada congelada, de cientos de metros de altura, comprendí que mi búsqueda había terminado. A la mañana siguiente, me arrodillé sobre el rocío de la hierba conforme el sol salía **y me entregué a Jesucristo**.